

bre la caridad, teniendo hijos válidos, que pueden sostenerme. Los crié y educé, les di cuanto pude, y harán bien en pagarme lo mucho que me deben.

—Con permiso, don Sabas, interrumpió Joaquín, con permiso.

Y corrió á encontrar á don Lino, quien salía en aquellos momentos por el corredor, arrastrándose penosamente con ayuda de su muleta. Le ofreció el brazo solícito, y le ayudó á llegar hasta la banqueta.

—Bien, muy bien, así me gusta, oyó entónces que alguien murmuraba á su espalda.

Volvió el rostro y vió á sor Agueda, que le contemplaba risueña á pocos pasos, y venía en compañía de Berta y Virginia, la primera muy pálida y triste. Al columbrar á su amada, por vez primera después de ausencia tan larga, sintió el corazón vuelto loco en el pecho, como ave asustada dentro de su jaula, y repuso tartamudeando:

—Ofrecí el brazo á don Lino, porque venía muy fatigado.... Buenas tardes, madre... Buenas tardes, Berta.... Buenas tardes, Virginia.

La religiosa y las jóvenes le contestaron afablemente.

—¿Quieres venir con nosotros? le preguntó Berta con dulzura; vamos á visitar á los conocidos.

—Con mucho gusto, repuso el joven radiante de júbilo, á pesar de que ya había hecho la ronda.

El grupo encabezado por sor Agueda, continuó luego avanzando, engrosado á poco por el contingente de José, y siguió la visita por donde quiera, con inefable gozo de los pobres; hasta que, al sonar las oraciones de la noche, se juntó la multitud en el patio, y cayeron todos de rodillas, mientras sor Agueda, con voz clara y llena de unción, rezaba la salutación del Angel á la Virgen, coreada por los circunstantes. Concluido el rezo, permitió la religiosa que Virginia cantase un poco; mas hizolo ésta con vena triste, sin duda por consideración á Berta, y con grave acompañamiento de la guitarra, entonando, entre otras, la canción del "Torneo," de nuestro poeta Calderón, la cual le pareció que ni mandada hacer para el caso:

"¡Esta es la vida!... ¿Y al mirar el féretro  
Cobarde tiembla el misero mortal,  
Cuando la tumba es el asilo único  
Donde se encuentra verdadera paz?"

Joaquín, entretanto, no perdía á Berta de vista, mientras ésta, silenciosa y absorta, mostraba no darse cuenta de lo que pasaba á su derredor; y á la luz mortecina de la tarde, le pareció ver brillar entre sus pestañas, la dolorosa gema de una lágrima.

—¿Qué tienes? le preguntó en voz baja, como si no supiese lo que tenía.

—Estoy muy triste, contestó la joven suspirando.

Ni Joaquín se atrevió á preguntarle, ni ella se atrevió á decirle por qué; mas el joven se propuso distraerla de sus penas, hablándole de cosas altas y hermosas.

—La hora es melancólica, repuso. ¡Si vieras cuán magníficas son las puestas del sol en el mar!

—¿Cómo lo sabes? ¿las has visto? replicó Berta maquinalmente.

—Sí, las he visto; no sé si sabrás que salí para Tepic, con don Teodomiro.

—Me lo dijo sor Ignacia.

—Pues llegamos hasta San Blas.

Berta miró atónita al joven.

—¿Tan lejos? murmuró interesándose en el relato. ¿Cuánto tiempo hace que te marchaste?

—Cerca de dos meses; la tarde del sábado de Dolores.

—¡Ah! ¡sí! creía que hacía más poco, contestó distraída de nuevo al recordar sus propios dolores, íntimamente ligados con aquella fecha.

Joaquín suspiró al notar que Berta no se había dado cuenta de la prolongada duración de su ausencia, y que prestaba ya poca atención á sus palabras; pero dulcemente, y como si hablase á un niño enfermo, continuó pintándole sus impre-

siones, con el fuego propio de su edad y su temperamento; y tales cuadros fué delineando ante sus ojos, de panoramas y paisajes, sierras, hondonadas, bosques, ríos, arroyos, cascadas, palmeras, manglares, playas, inmensidades marítimas, oleajes, tempestades, brisas, rugidos, quejas, músicas aéreas y tantas otras cosas como traía en la imaginación y el recuerdo, que logró, al fin, despertar su interés vivo é intenso, y hacerse oír distintamente por ella.

—¡Qué hermoso debe ser todo eso! exclamó embelesada la joven.

—Sí, muy hermoso, Berta, repuso Joaquín con acento grave. Es sublime la obra de Dios, y ha sido este viaje una revelación para mí. Presentía cuanto he visto, pero la realidad ha superado á mis más brillantes sueños. Desde que salí de Fópoli, comencé á recibir impresiones inesperadas. El campo me pareció inmenso: hallé enormes las montañas; las peñas, los barrancos, los árboles, todo, desde lo más pequeño hasta lo más grande, hirió vivamente mi imaginación. Pero eso fué nada, comparado con la emoción que sentí al aproximarme á la costa. ¡Si vieras qué vegetación aquella! ¡Si vieras qué corpulencia alcanzan aquellos árboles, y qué tupidos y espesos son aquellos bosques! Se caminan leguas á la sombra de copas entrelazadas, y aun á veces hay dificultad

para cruzar entre los apiñados troncos y tallos, y es preciso abrirse uno mismo su sendero al través de la espesura, con el hacha ó el machete. Aquella atmósfera está profusamente habitada por organismos alados de todos tamaños; desde el menudo insectillo, que zumba y pica, desde las abejas que rondan formando enjambres en torno de los panalles, hasta las avecillas de pintadas plumas y los corpulentos guacamayos y papagayos; hay una infinita variedad de seres volátiles, que cruzan los aires, y cantan, pían ó graznan poblando el espacio de música, movimiento, color y alegría. En medio de aquel salmo perenne de vida, se destacan cantos solitarios tan delicados y dulces, que no es posible que los imiten voz humana ó instrumento armonioso. Qué-dábame extático á cada paso, como el monje Alfeo, oyendo la voz de algún pajarillo, que se me antojaba ave del paraíso, por lo melodioso de su canto; y se necesitaba que don Teodomiro ó alguno de mis compañeros me sacasen de mi arrobamiento para poder continuar la marcha. Mis impresiones fueron creciendo á medida que nos acercamos al mar. Algunas leguas antes de llegar al puerto, pudimos, desde una altura, columbrar el Océano. No puedo expresarte lo que sentí cuando le ví á los lejos, como inmensa llanura plomiza y fulgurante, extendiéndose hasta el remoto confín; se

me figuraba que era víctima de una hermosa alucinación y que al fin no podría llegar hasta él. Cuando me encontré ya en la playa, teniendo á la vista aquella misteriosa inmensidad, experimenté una sensación como de vértigo. ¡Qué espectáculo tan imponente! Aquello sí es grande y sublime. Una masa enorme, sonora é inquieta, entregada á los vaivenes del viento y á las mutaciones de la luz; imagen del cielo, del misterio y del infinito... La vista se pasea á lo lejos sin encontrar término, valladar ni coto, y el pavor de lo inmenso y de lo arcano se apodera de la conciencia. Asusta y encanta aquella llanura formidable. Es un orden de cosas, un mundo, un modo de ser opuesto á lo que siempre se ha visto. La tierra está quieta, y sobre ella fundamos nuestros edificios y nuestras obras; aquella inmensidad se muestra siempre agitada y conmovida por temblores ó espasmos, ya la ricen los blandos céfiros, ó bien la azote el huracán desencadenado. ¡Cuántas noches pasé á solas en la playa, contemplando su ancho y bruñido espejo, herido por los rayos de la luna, que trazaba en la ondulante superficie una huella argentina de blanca luz, como de éxtasis y sueño! ¡Cuántas me sorprendió la aurora sentada en lo alto de algún peñasco, acechando las primeras ráfagas del día para mirar la gloria de la luz retratada en la inmensa y

clara superficie! ¡Fiesta de esplendores arriba, y fiesta de colores abajo! No sé qué enlace misterioso existe entre el aspecto de las cosas y sus propios rumores, entre la forma y el sonido, entre el color y la música. Las voces de aquella naturaleza y del lejano horizonte iban cambiando á medida que la oscuridad se esfumaba, recibiendo primero la blanca pincelada del alba, tiñéndose luego con el rubor de la aurora, coloreándose después con las lejanas refulgencias del sol, y acabando por convertirse en fragua de vivas llamas al aparecer el astro del día; y así también los rumores marítimos iban cambiando de entonación y aumentando en intensidad á compás de aquellas metamorfosis, sonando ténues antes del amanecer, juguetones y discretos antes de rayar el alba, y convirtiéndose en "crescendo" constante y solemne hasta romper en himno grandioso y solemne á la aparición del sol. Entonces vibraban los rumores, los ecos, los sonidos, el fragor mismo del mar con toda su fuerza, como una inmensa, potente y majestuosa sinfonía, como coro de voces salidas de un prodigioso instrumento de maravilloso registro é infinita variedad de tonos, capaz de producir cantos dulcísimos y gemebundos como los de la viola, plegarias místicas como las del órgano, gritos guerreros como los del clarín, y rugidos espantosos, como los bramidos del averno.

Berta escuchaba á su compañero de infancia con creciente interés á medida que éste desarrollaba su tema. Nunca le había oído hablar de aquella manera, y no había llegado á sospechar fuese capaz de una elevación tal de ideas, ni de una fantasía tan ardiente, ni de unos arrebatos tan intensos. Inclínada ella también por disposición natural, á todo género de entusiasmos artísticos, vivía predispuesta á la emoción soñadora, la cual se despertaba en su interior al brillo de cualquier ráfaga luminosa, al eco de cualquier acento musical ó al reclamo de cualquier palabra poética: todas aquellas cosas ponían en vibración las fibras ocultas de su organismo exquisito. Así, pues, sin echarlo de ver, sin quererlo ni saberlo, fuése dejando llevar por el blando halago de tan fogosas descripciones, y á poco de haberlas oído, volaba ya su imaginación por encantados espacios, miraban sus ojos deslumbrantes claridades y escuchaban sus oídos místicos y arrebatadores acentos, lejos, muy lejos de este mundo de miseria, desencanto y dolor.

—¡Cuánto debes haber gozado! reposo maquinalmente. ¡Qué felicidad mirar y oír todo eso!

—Todo el tiempo que permanecí en comunión con la naturaleza y á la vista del mar, siguió diciendo el joven, me pa-

reció un éxtasis: no me di cuenta de él, ni sabía dónde me hallaba.

—¿Cuántos días permaneciste en el puerto?

—Cerca de cuatro semanas; ni don Teodomiro ni yo queríamos salir de ahí. Ibamos por cuarenta y ocho horas, y nos quedamos casi un mes.

—¡Con razón! A mí me hubiera pasado lo mismo; se me figura que si llegase á ver el mar, me volvería loca de emoción.

—Gozarías mucho, sí, porque serías capaz de comprender cuanto vieses y oyeses.

—¿Lo crees? Temo me faltasen ojos para ver, oídos para oír é inteligencia para comprender tanta belleza.

—Sería un espectáculo digno de tí; te encontrarías como en tu elemento.

Berta suspiró suavemente y quedó absorta en sus propios pensamientos.

—Voy á confiarte una debilidad, prosiguió el joven.

—¿Qué, Joaquín? preguntó Berta alarmada, temiendo le hablase de amores.

—Que traje de aquellos mares y tierras una buena provisión de pecados poéticos y musicales. Hice versos por allá, te lo confieso. ¿Quién no los hubiera hecho? Brotaban de mi alma por sí solos; y sobre todo, compuse mucha música. Me fluían las ideas espontáneamente, y sin trabajo concluía las composiciones. una

después de otra. Nunca me hubiera creído capaz de producir tantos temas y cantos; aquel mundo maravilloso me los inspiró; no brotaron de mí, son obra suya. Yo no hacía más que traducir las voces que oía, y confiarlas al papel. ¡Ojalá sean mis trabajos eco fiel de mis emociones! Don Teodomiro los mira con ojos cariñosos y los elogia acaso más de la cuenta. ¡Quiera Dios que te agraden!

—Deben ser muy bellos é inspirados, porque sabes pensar y sentir bien.

Joaquín se estremeció de placer al oír aquel elogio, que era el primero que salía para él de labios de Berta; y continuó diciendo:

—Ya oirás todo eso, si me tienes paciencia. Te leeré las poesías y te tocaré al piano las piezas... Algunas de ellas son para banda, otras para orquesta, y van á ser instrumentadas por don Teodomiro. Pronto las oirás. Tú también tomarás parte en la ejecución, pues algunas de mis cancioncillas irán muy bien á tu voz.

—Ya no canto nunca.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy triste.

—También mis cantos son tristes; se juntarán nuestras tristezas.

Así continuó la conversación hasta bien entrada la noche, cuando al fin fué preciso á los jóvenes despedirse de sor Águeda y separarse. Joaquín se apartó del gru-

po discretamente; José continuó acompañando todavía á Berta y Virginia durante algún tiempo.

—Con permiso de Berta, dijo el mozo á la ciega, quiero comunicarte una novedad.

—¿Cuál, José? interrogó Virginia con dulzura. Todo puedes decirlo delante de Berta, porque es mi amiga de confianza; es como otra yo.

—Ya lo sé, prosiguió el carpintero; lo que deseaba decirte es que hablé ya con sor Ignacia respecto de nuestros proyectos.

—Se habrá enfadado, prosiguió la ciega alarmada.

—Ni por asomos. Me dijo riendo, que ya lo sabía todo y que lo aprobaba; que eres muy buena y que vamos á ser muy dichosos.

—Bendito sea Dios.

—Me ofreció también recomendarme con sus relaciones para que me den trabajo. Ya tengo taller; ayer encontré un buen local en calle céntrica, con tres piezas interiores para habitación, y nada caro; vamos á quedar bien instalados.

—¡Hola, hola! terció Berta benévola-mente. ¿Conque tan adelantados así tienen ustedes sus negocios? ¿Y nada me habías dicho, Virgen!

—Es que yo misma no lo creo. Oigo hablar á José de nuestro enlace, y me

parece que sueño. No es natural que me quiera, prosiguió la ciega haciendo alusión á su novio. Soy una mujer inútil, y no podré servirle para nada. Es verdad que lo quiero; mas por eso mismo debería dejarle en libertad, para que buscara otra mujer que tuviese los ojos sanos, y pudiese entenderse con su casa, lavar, coser, planchar y cuanto fuese necesario. Yo no podría servirle más que de estorbo.

—¿Si vieras, Virginia, cuánto pesar me da que digas esas cosas! repuso el joven con tristeza. Se me figura que no me quieres al hablar así.

—No lo vuelvas á decir; sería capaz de dar la vida por tí, repuso la ciega con vehemencia.

—Pues no repitas eso nunca, nunca.

—¿De suerte que no te fijas en que soy ciega?

—Sí me fijo, y por eso precisamente te quiero más, pues gozo mucho pensando que voy á cuidar de tí yo mismo, á conducirte por todas partes, y á darte cuanto necesites por mi propia mano, para que nada te haga falta.

Lágrimas de ternura y reconocimiento rodaron por las mejillas de Virginia al oír tan tiernas y enamoradas palabras.

—Dios te lo pague, concluyó tendiendo al mancebo una mano, que éste oprimió suavemente.

—José, exclamó Berta conmovida, tienes buen corazón, y eso vale más que nada; los buenos sentimientos son la riqueza mayor que el alma puede atesorar.

Y pensó con amargura que á ella no le había tocado tan buena suerte como á su amiga, pues había sido engañada por un hombre de aspecto seductor, pero de corazón perverso. ¿De qué le servía á ella tener sana la vista ó para qué estorbaba á Virginia la ceguera, si los ojos sanos no descubrían la impostura, y los apagados y sin luz hallaban el camino de la felicidad?

---

## XII

### Primeros Preludios

Joaquín y Berta conservaron grata impresión de la plática que acababan de tener. Aquél había podido por la vez primera de su vida, hablar con alguna libertad delante de ella, sin sentirse cohibido ni subyugado por su presencia, como le había pasado siempre; por lo que estaba satisfecho de sí mismo, no ocultándosele el buen efecto que sus descripciones y la ardorosa emoción de su voz habían producido en el ánimo de su amada. Una esperanza confusa comenzaba á delinearse

en los limbos de su conciencia. ¿Por qué? Acaso no tenía base sólida en qué fundarla. Carecía de plan fijo para lo porvenir, y no se proponía cosa alguna determinada; se contentaba por lo pronto, con la satisfacción de haber visto, oído y tenido cerca de sí por un instante á la huérfana, pendiente de sus labios, pues no recordaba haber pasado, desde la infancia, otra hora tan dichosa como aquella. Con la doble vista propia de los enamorados, había adivinado, ó mejor dicho, sentido, que la disposición de Berta para él era más benévola que antes, y que ya no le miraba con desdén, ni huía de él, ni procuraba abreviar los diálogos que ambos tenían. Y era que, pasada, después de largo tiempo y muchas lágrimas, la crisis dolorosa, había parecido á la huérfana que volvía en sí de una prolongada alucinación, y había acabado por comprender que por su posición humilde y desdichada, sus amores con Julio habían sido un delirio, del cual debía prescindir para siempre. Durante aquel período de lucha é incertidumbre, había pedido consejo á las personas de su cariño y confianza, y entre otras, á doña Dorotea, quien, después de reflexionarlo maduramente, había aprobado su decisión. Lo mismo había hecho sor Ignacia. Ambas convenían en que había que defender la dignidad antes que todo, y en que los po-